

**Maxine Berg, *The Age of Manufactures, 1700-1820. Industry, Innovation and Work in Britain (second edition)*, Routledge, London 1994, 338 pp.**

La conocida obra de Maxine Berg, una de las mejores y más innovadoras en el campo de la historia industrial del último decenio, ha sido objeto de una reedición que cuenta con un alto grado de novedad, no tanto por lo referido al contenido, sino más bien por la función que la autora pretende dar a su ya clásico trabajo. De lo que era una obra de síntesis sumamente sugerente, se ha intentado hacer una herramienta para contribuir al debate que se desarrolla en la historiografía económica anglosajona en relación a la naturaleza de la Revolución Industrial. En un lado de la discusión se sitúan M. Berg y P. Hudson, mientras que en el otro lo hacen Crafts o Harley, quienes, junto a Wrigley según las primeras, forman parte de la *nueva ortodoxia* (en artículos anteriores también mencionaban a Mokyr, Williamson o McCloskey). El enfoque ejemplificado por Crafts se caracteriza por el uso prolijo de la econometría y de la teoría económica, y por una interpretación de la Revolución Industrial desde el lado de la oferta. En este planteamiento el cambio tecnológico es un factor exógeno del crecimiento. El libro que aquí comentamos es planteado por la historiadora canadiense como una desafiante a esta aproximación, utilizando un análisis más historicista, que intenta *reconciliar* la historia económica con la social. Las diferencias de punto de partida quedan explicitadas cuando Berg afirma que la economía que analiza no es la de los indicadores económicos y las cuentas nacionales. A este respecto es sintomático que Berg recientemente pasara de formar parte del Departamento de Economía al de Historia, ambos de la Universidad de Warwick.

Con la mencionada intencionalidad no parece extraño que una obra de estas características, firmada por Maxine Berg, haya sido largamente esperada por todos los historiadores económicos que siguen con regularidad la historiografía anglosajona. En principio las expectativas parecen plenamente justificadas, tanto por la novedad de alguno de sus capítulos cuanto por su carácter marcadamente polemista. Es justamente este carácter el que condiciona el nuevo contenido y los cambios en la estructura del libro. Respecto a la primera edición, se conserva un esquema basado en dos partes, centrándose la primera en aspectos macroeconómicos ("Manufactura y economía") y la segunda en cuestiones microeconómicas ("Pautas hacia la Revolución Industrial").

La mayoría de las nuevas aportaciones se concentra en la primera parte del libro, dedicada de forma preferente a la crítica de los enfoques cuantitativos. Los principales puntos de desacuerdo aparecen expuestos en el capítulo inicial, uno de los más novedosos ("Current perspectives and new departures"). Berg utiliza dos argumentos básicos para *rehabilitar la*

*Revolución Industrial* en contraposición al enfoque *neoortodoxo*. En primer lugar, cuestiona la continuidad que se deriva del análisis de Crafts y Harley, quienes han revisado a la baja las tasas de crecimiento de la economía británica para ofrecer una imagen más pesimista de ésta durante la Revolución Industrial. Los planteamientos cuantitativistas ponen énfasis en el reducido efecto del cambio técnico en la productividad de la industria (al menos hasta las décadas de 1820 y 1830) y las importantes ganancias en la agricultura. Por el contrario, Berg destaca la discontinuidad, centrando su crítica fundamental en las carencias de los datos utilizados en el enfoque cuantitativo y en la imagen fragmentaria que ofrecen. A este respecto la autora cita como ejemplo la minusvaloración de la mano de obra femenina e infantil en los cálculos de productividad. Este juicio queda parcialmente desvirtuado al no proponer series alternativas, aunque señala la necesidad de nuevas aportaciones cuantitativas, pero que en todo caso, según ella, deben ser matizadas con estudios de caso. En segundo lugar, Berg intenta cargar las tintas en su crítica al centrarse en la marginación por parte de Crafts de toda una serie de cambios organizativos. Esta divergencia sería resultado de un concepto diferente de cambio tecnológico, que, siempre según Berg, para los situados en la línea de Crafts correspondería únicamente a la maquinaria, mientras que para ella incluiría también la organización. Berg propone cuatro ámbitos de investigación como puntos de partida para una visión alternativa a la aproximación *ortodoxa*: la dimensión regional del cambio económico; el estudio de la tecnología; la organización del trabajo y la distribución sexual del mismo; y el comercio y consumo.

La línea explicativa continúa con la crítica a la estimación del índice de producción industrial de Crafts y Harley, que se basa en una reducción del peso de los sectores más dinámicos (algodón y siderurgia) respecto a la realizada por Hoffmann. Según Berg, también se debe tener en cuenta que este cambio de ponderación no llevó aparejada la inclusión de nuevos sectores. La alternativa planteada por la autora es una apresurada aproximación sectorial, en la que además del textil y la siderurgia, incluye los curtidos y la construcción, lo que le lleva a constatar que la mayoría de industrias presentaron un substancial crecimiento en su producto. Esta aseveración contradice a Crafts, quien limitaba el dinamismo al algodón y a la siderurgia. A continuación, Berg niega la operatividad del análisis teleológico, según el cual la mecanización y la fábrica serían el fin último de todos los cambios resultantes de la Revolución Industrial.

Desarrollando los puntos de partida de la visión alternativa que propone, antes de dar por finalizada la primera parte, Berg caracteriza a la agricultura como algo más que simple acompañante del sector industrial; estudia el declive de las antiguas formas de organización (analizadas en términos de desarrollo regional); señala la importancia del mercado exterior y del cambio de las pautas de consumo en la dinamización de las manufacturas; y destaca la significativa presencia de la mano de obra femenina e infantil en las industrias de alta productividad.

En la segunda parte del libro, profundiza en su crítica a la visión que identifica el cambio tecnológico con la fábrica. Es decir, defiende la existencia de vías alternativas a partir de la idea de la importancia de los cambios organizativos, a la vez que señala la falta de acuerdo so-

bre el significado exacto del concepto de fábrica. Berg plantea la necesidad de relacionar el cambio tecnológico con su influencia concreta en los lugares de trabajo, afirmando que la principal ventaja que los manufactureros encontraron en la fábrica fue un mayor control sobre la mano de obra. Esto le lleva a recordar la importancia de los talleres, las fábricas de pequeñas dimensiones y el artesanado como fórmulas de organización beneficiarias de la “especialización flexible” y de las economías externas. Además, dichas formas de “no fábrica” no se mostraron como estancadas, es más, frecuentemente fueron protagonistas de importantes cambios tecnológicos y organizativos. Los análisis sectoriales, tanto el del textil (donde mantiene la división de la primera edición en dos capítulos: organización del trabajo y las tecnologías) como el del siderúrgico, le sirven para subrayar la variedad de formas de organización. Al mismo tiempo, con este posicionamiento niega la visión dualista de la estructura industrial implícita en la aproximación cuantitativa, que implica la separación de la parte tradicional respecto la moderna, lo que no captaría la complejidad de la Revolución Industrial. Posiblemente estos capítulos, referidos a sectores relativamente bien conocidos, hubieran podido ser descargados de parte de la abundante información en favor de otras industrias, lo que habría respondido mejor a los objetivos planteados por Berg.

Al avanzar la lectura, el sugerente enfoque de Berg no se ve correspondido con la articulación de una alternativa a Crafts. A este respecto podría decirse que esta reedición es un fallido intento de instrumentalizar el contenido de una vieja obra, ya que en general las diferentes partes del libro parecen algo forzadas por su nueva función. Posiblemente una obra totalmente nueva hubiera sido más útil y versátil para sus objetivos, como sucede con el artículo de la misma Berg en la reciente segunda edición de *The Economic History of Britain since 1700* (editada por Floud y McCloskey), que, bajo el título “Factories, workshops and industrial organization”, supone un replanteamiento mucho más ágil y sugerente para el lector. Este comentario no debe interpretarse como una descalificación de la obra de Berg, bien al contrario, lo único que señala es la necesidad de una respuesta más contundente y articulada a las limitaciones del enfoque cliométrico.

MIQUEL GUTIÉRREZ I POCH